

DISIDENCIAS

Umbral —¿*Umbral*?— de 2008: regreso al columnismo. No es éste sacerdocio, sino militancia y, en mi caso, disidencia. Nací lobezno, como Mowgli.

Desde el 2000 no lo ejercía. Fue entonces cuando mi predecesor en «Diario de la noche»¹, que lo hacía muy bien, desembarcó en la revista *Época* y, en sucesivas oleadas, nos fue echando a todos. *Todos* éramos Jaime Campmany, Federico Jiménez Losantos, Alfonso Ussía, Juan Velarde, Manolo Alcántara... Bien hecho. Akela, el capo de la jauría lobuna en *El libro de la selva*, siempre marca territorio. Por eso seré yo aquí El Lobo Feroz.

Luego le aplicarían a él, a Germán Yanke, una dosis de caballo de la misma medicina. ¡Qué morbo que yo, inocente, lo diga! ¿Karma? Hoy somos, y mañana, estatuas. Fue, precisamente, el maestro Campmany quien me enseñó ese dictum.

No es *vendetta*, Germán, trinchada en plato frío, sino broma viperina sin veneno de tertulia del Gijón. La vida entera lo es: broma. De cuanto en la Historia universal se ha escrito me quedaría con la frase de un filósofo presocrático que enseñó la pata, pero ocultó su nombre: «Nada importa nada.» Su aliento está mi coronilla: la trasladé hace ya muchos años a un baldosín y colgué éste detrás de la mesa en la que escribo. Lo releo todas las mañanas. Es mi padre-nuestro, mi avemaría y mi gloria in excelsis del sentido del humor.

1. A comienzos de 2007, Fernando Sánchez Dragó sucedió a Germán Yanke como director y presentador de «Diario de la noche», el informativo nocturno de Telemadrid. Un año más tarde, en marzo de 2008, abandonaría el puesto, anhelante de volver al camino.

Ayer oficié como *magister ludi* en la misa mayor de réquiem con la que este periódico rindió honores al mejor de sus columnistas. Maestro de juegos, digo, y no de ceremonias del adiós, a la manera lúgubre de Simone de Beauvoir, porque Paco siempre pensó y dijo que la literatura es eso: un juego.

—¿Un juego?

—Sí, pero un juego, como el de las siete y media, según don Mendo, «que no hay que jugarlo a ciegas, / pues juegas cien veces, mil, / y de las mil, ves febril / que o te pasas o no llegas».

Ese equilibrio —el de llegar sin pasarse o el de no pasarse para llegar— es el que busca el columnista. Si lo pierde, se la pega. Umbral, que era escritor de troteras y danzaderas, no lo hizo nunca. Murió en todo lo alto: dictaba su último texto.

Escritor, subrayo, porque sólo lo es de verdad quien sabe poner nombre a los seres y a las cosas. Umbral, en eso, era un maestro. La columna de *Época* que derribó Yanke se llamaba *La Dragontea*, y fue Paco quien me sugirió tan atinado epígrafe. Para entonces ya había dicho de mí que soy disidente de todo y militante de mí mismo. Le di la razón en ambas cosas. La disidencia es mi yo y la militancia, amigo Ortega, mi circunstancia.

2008... Vuelvo, pues, al columnismo, y lo hago de la mano que en 1980 me condujo a él: la de Pedro Jota. ¿Con idéntico ímpetu, con igual espíritu? La duda ofende: disidencia y militancia. Dijo Stevenson a su médico que siempre se muere joven —dictando, por ejemplo, una columna— y añadió Jung que la vida no vivida es una enfermedad de la que se puede morir. Umbral no murió de eso.

Aquí estoy otra vez. ¡Centinela alerta! ¡Negritas a mí! Me gustan el mundo y *El Mundo*. El rey ha muerto. ¡Viva Umbral!

(15 enero 2008)

GUERRILLA DE INDEPENDENCIA

Padezco injusta fama de tener un ego que no me cabe en el yo y, encima, va este periódico y me saca disfrazado de Napoleón con rímel y carmín en la portada de su colorines. Juro por mis subalternos Alejandro Magno y Ruiz-Gallardón que la idea fue de Mellado, aunque no opuse resistencia alguna. Habría sido inútil. Mejor rendir la espada y sacar la mano del pecho. Los clarines del valor y la corneta de *Gunga Din* retumban en todos los patios de armas de la nueva sede de esta empresa. El Alto Estado Mayor de Unidad Editorial llama a combate, grita que las tropas napoleónicas no pasarán y declara su guerrilla, que no guerra, de independencia. Es la consigna: independientes somos. Nuestras baterías ocupan la plaza del nuevo Dos de Mayo, nuestras tropas de plumillas marchan sobre Bailén, Ferraz, Génova, Sol, Ajuria Enea, el palacio de la Generalidad y el madrileño de las Comunicaciones (al que las majas y los chisperos llaman ahora de Ambiciones), Raúl del Pozo arrima su oreja de sioux al ruido de la calle para reescribir los *Episodios* de Galdós, Gallego y Rey ilustran los *Desastres* de esta guerra con los pinceles de la sonrisa mordaz de Goya, Pedro Jota Daoíz es Gabrielillo y Carmen Iglesias Laicas defiende con brío, pero sin *malasaña*, en el hemicycle de las dos cámaras académicas en las que es disputada la ley de bicentenario memoria histórica que propone nuestro partido, minoritario hoy por hoy en España y en Expaña: el de la verdad, que nos hace libres.

¡Al ataque, pues! Zafarrancho electoral, doblan por todos las campanas de la campaña, reescribe Thornton Wilder *Los idus de marzo*, atisba Jodorowsky entre los naipes del tarot de Marsella —*allons, enfants*— el culebreo de la daga de Bruto, graznan en la Carrera los leones capitolinos y cobardicas del mago de Oz con zeta de Zapatero, canturrea éste con vocecillas de Judy Garland que el país circulará a toda mecha de bomba etarra por un florido sendero de baldosas rojigualdas y adelantará a Sarkozy en las

curvas de Carla Bruni para ser el cuarto en el Fórmula Uno de las cuentas de Zolbez, acierta Pizarro al decir que donde mejor está el oro del Inca es en el bolsillo de quienes lo ganan con el sudor de sus camisetas, Llamazares² quiere robar a los ricos que pasan por el bosque de Sherwood para que entren por el ojo de la güija de la santería de Fidel en el paraíso de la granja de Orwell, Rajoy patina con tutú de maricomplejines sobre una pista de deshielo que cruje bajo sus pies, Gallardón llora como Boabdil cristiano la pérdida de la Alhambra que no supo defender como alcaide y Lady Aguirre empuña la batuta de su banda de marañones para dirigir los sitios de Zaragoza, arrima su tea al cebo del cañón que defiende el Coso y recompone con polvillo de alas tintineantes de Campanilla sus élitros de Niké para volar hacia el Louvre y posarse en el pedestal de la Victoria de Samotracia.

Terminan los paralelismos: el 10 de marzo³ no será un 3 de mayo, Arroyo no tendrá que pintar *Los fusilamientos de la Moncloa*.

No a la Guerra, pero sí a la Independencia. En ella andamos.

(22 enero 2008)

YO TAMBIÉN

Pues sí: yo también, Cayetana, me autoinculpo, aunque no, como tú, por solidaridad, sino por remordimiento.

Así —*Me autoinculpo*— se titulaba, *a pie* no sólo de *caye*, sino también de clínica, comisaría y juzgado, tu última columna. Era

2. Tras la marcha de Julio Anguita en 2000, Gaspar Llamazares lideró Izquierda Unida hasta 2008, cuando presentó su dimisión debido a los pobres resultados de su partido en las elecciones generales. Desde entonces es portavoz de IU en el Congreso.

3. El 9 de marzo de 2008, año del bicentenario del comienzo de la Guerra de la Independencia, se celebrarían las elecciones generales, cuyo resultado propició la segunda legislatura de José Luis Rodríguez Zapatero como Presidente del Gobierno.

excelente, y lo digo sin ironía. Pero una cosa es la excelencia y otra la coincidencia. Se coincide sólo en la evidencia.

Y la evidencia nos dice que el nascituro —embrión o feto que sea— tiene cuerpo propio, instalado durante nueve meses en el vehículo de un cuerpo ajeno. Todos —mujeres, hombres y niños— deberían ser dueños de su propio cuerpo. Seguro que en eso coincidimos. Ahora sí que recorro a la ironía.

Iba a escribir hoy de *Ezpaña* (Zapatero y Enric Sopena), *Ejpaña* (Rajoy y César Vidal), *Ejpaña* (Bono), *Expaña* (yo) y España (¿quién?), pero tiempo habrá para poner a hervir esa sopa de letras. Lo tuyo, Cayetana Guillén, hija de un hombre que se llama como yo y con el que muchas veces, a causa de nuestro parecido físico, me han confundido, también tiene que ver con España: la del 9 de marzo.

No sé si tu padre y yo seguimos pareciéndonos. Nuestra fisonomía ha cambiado. El varón, según Gabo, descubre que ha empezado a envejecer cuando se mira al espejo y el azogue le devuelve el rostro de su padre. Le pasó a Juan Cruz mientras escribía *Ojalá octubre*. Su malquerencia hacia mí no quita: es un buen libro.

Yo, en cambio, por la semejanza a la que aludo, siempre he sentido hacia ti querencia buena, de padre que no lo es, trufada, incluso, de reprimida, platónica a la fuerza y nunca confesada lasciva incestuosa.

Y tu padre, por suerte para todos, no te abortó.

Tu padre, digo, porque también los hombres abortamos, a fuer de cómplices o de instigadores, cada vez que por comisión o por omisión nos implicamos en el aborto de las mujeres a las que hemos dejado encintas.

Si eso es así, yo llevo sobre la conciencia el peso de cinco abortos. Todos ellos se remontan a los felices sesenta, cuando fui progre, y tienen un rasgo en común: el de la frivolidad. «Nosotros, los de entonces...» ¡Si yo te contara!

No dispongo aquí de espacio para hacerlo. Una de mis hijas —tú la conoces— nació porque fue concebida en un puerto de